



cultura.elporvenir@prodigy.net.mx

Agora

DE PAPEL

El Porvenir Cultural

MONTERREY, N.L. DOMINGO 13 DE DICIEMBRE DE 2020

Olga de León G. / Carlos A. Ponzio de León

El colapso de las casas

FAMILIAS FELICES

CARLOS A. PONZIO DE LEÓN

Las familias felices son todas iguales, pero nunca permanentes. Las infelices son infelices, cada una a su manera. Los Otero se reunían cada noche a cenar juntos en el patio de su casa, bajo las enredaderas atoradas en el techo de madera, con una vista al pasto y a la piscina de su hogar. De niño, yo escuchaba sus voces por la noche cuando me metía en la cama. A las nueve, mi padre aún no llegaba a casa. Y yo había cenado a la fuerza, observando a mi hermana mayor, malhumorada, prepararme un sándwich y un vaso con leche.

Bajo las cobijas y pegado a la ventana que daba al patio de los Otero, escuchaba las risas del padre cuando escuchaba las historias que sus hijos le contaban y que habían vivido ese día. A veces yo aparecía en ellas, por alguna anécdota que el padre de los Otero desaprobaba. Quizás no les decía abiertamente a sus hijos que dejaran de juntarse conmigo, pero les dejaba en claro que yo no era un buen guía.

En los veranos, los Otero salían de vacaciones durante dos semanas completas. Yo me quedaba sin amigos con quién jugar. Mientras, ellos conocían los tesoros sembrados a lo largo de la geografía del país, la naturaleza mágica y sus playas celestiales. Cuando regresaban e iba yo a buscarlos, tocaba a su puerta. "Cuénteme a Salvador todo lo que conocieron en estas vacaciones". En mi propia casa, no salíamos de vacaciones, ni había mucha vida familiar.

Los Otero no recibían regalos de Santa Claus. Para ellos, era una costumbre gringa. Los Reyes Magos, más bien, les entregaban unos cuantos presentes el seis de enero, juguetes que les permitían desarrollar, ahora lo sé, habilidades mentales que ocuparían en sus profesiones: Computadoras para programar en lenguaje Basic, juguetes de plástico para armar ciudades. Pero, nunca: un balón de fútbol soccer o un sable laser como los que aparecían en la película de las Guerras de las Galaxias.

Cuando mi familia salía de Monterrey, era solo para dirigimos a Laredo. Nos íbamos por la mañana y regresábamos a casa esa misma noche, no había dinero para más. Yo retornaba con una caja de chocolates que, por aquel entonces, no podía conseguirse en México: Hershey's con almendras. "Nosotros le entregamos nuestro petróleo a los estadounidenses, y ellos nos dan cambio chocolates", decía en voz alta el padre de los Otero cuando me veía abrir un dulce y compartirlo con sus hijos.

El hijo mayor creció y estudió una carrera difícil en el Tecnológico de Monterrey. Era un genio. Obtenía solo dieces en una de esas ingenierías mortales. Yo lo veía llegar al campus en auto. Para entonces, yo ya trabajaba como guardia del estacionamiento en la universidad. Mi padre había fallecido y los tres hermanos que quedamos, debíamos mantenernos. Mi madre había escapado con un tipo luego de que yo cumplí tres años. Y nunca fui muy bueno para la escuela. A mí gustan las historias. Creo que me convertiré en narrador un día.

La felicidad de los Otero, sin embargo, se topó con su propio muro una noche



de verano, como ya lo había hecho la felicidad en mi familia desde hacía mucho tiempo. Fue el año en que el huracán arrancó las bellas flores del jardín que la señora Otero cuidaba con tanto esmero. Desde ese día, la vida se les volvió una temporada de lluvias secas.

El padre de los Otero había salido de la ciudad durante algunos días, por razones de trabajo. Y por alguna causa que aún no alcanzo a comprender, conducía mientras bebía cervezas que había comprado y que llevaba en el auto. Eso fue una sorpresa. Efectivamente, él era de esas personas que preferían comer acompañado de cerveza, no de una Coca-Cola. Decía que eso era más sano. Tengo entendido que era el único momento en que bebía. Lo hijos Otero jamás probaron gota de alcohol cuando llegaron a la juventud.

Ocurrió en la autopista a Saltillo, ya de regreso: se le fue el auto por un barranco. No venía solo: hizo el viaje con una compañera de trabajo. A veces pienso que, en esta vida, todos tenemos un poco de derecho a la infelicidad. Pero qué tanto la sufrimos, depende de cómo logramos adaptarnos a ella.

A mí no me dolió mucho el no haber crecido con mi madre; nunca la tuve cerca, estuve acostumbrado a ello. Me hería en ocasiones era ver a mis compañeros de escuela salir del colegio tomados de la mano de su propia madre. Pero, por otra parte, la muerte de mi padre me dolió menos que a los Otero cuando ellos perdieron al suyo.

Me conmovió su pérdida. Le estoy agradecido al viejo Otero: me enseñó que no debemos gastar en golosinas, ni en nada efímero, sino en las cosas que realmente mueven a este mundo. Eso me ha ayudado a vivir con poco, y a disfrutar del tiempo contando historias como esta, observando y descubriendo la infelicidad que sufren las familias, y viendo cómo el dolor las hace actuar a lo largo de sus vidas.

BUSCANDO LA SALIDA
OLGA DE LEÓN

El pasillo estaba atiborrado de cuerpos. Ninguno era de ella; pero, quién podía estar seguro de eso. En cuanto reparó en los hechos que tenía frente a sí, puso atención a los detalles: todos los cuerpos eran de mujeres jóvenes.

La mayoría de los que tenían el rostro vuelto hacia arriba, no estaban en condición de ser reconocidos, pues no se les distinguían los rasgos a simple vista, era imposible, dada la situación en que se hallaban: desfigurados, ensangrentados, o cubiertos con algún plástico o bolsa.

Era un pasillo amplio, de más de dos metros de ancho y muy largo, atravesaba las cuatro habitaciones que había a cada lado. ¿Se trataría de un hotel? ¿En dónde estaba?, se pregunta Cinthya. No pudo saberlo, no en ese momento.

Un viento helado y seco penetró en el lugar junto con una espesa brisa. Parecía que no hubiese techo ni tampoco paredes. El lugar se oscureció y se empañó la vista con la gran cantidad de nubes bajas y muy gruesas que rodearon el entorno. En un santiamén, para cuando hubo visibilidad, los cuerpos habían desaparecido. ¡Ni rastro de ellos! Pero, Cinthya los había visto y no soñado.

La mujer seguía allí, sola, en pie, y pensando si debería retirarse o entrar a alguna de las habitaciones. A lo mejor allí dentro encontraría la respuesta a lo que estaba pasando... O, ¿sería mejor salir? Bien, pensó, debo tomar una decisión: me iré, nada tengo que hacer en este extraño lugar. Y, en ese punto de su reflexión, su pensamiento que corría a tropezones, se detuvo: ¿por dónde me salgo?

Giró cuerpo y cabeza, luego regreso a su posición anterior y se percató que estaba en un largo pasillo, en efecto más o menos ancho, pero que no dejaba ver salida alguna... Solo ve muros y paredes, a los lados, atrás y al frente. A menos que alguna de las puertas a los lados condujera hacia el exterior o a otra salida.

Empezó por abrir la puerta del cuarto que tenía más próximo a ella. El primero de uno de los extremos, luego abrió el de enfrente y así siguió haciéndolo, en zigzag, hasta que llegó al último... Se detuvo un instante, quiso considerar las posibilidades... Y, tuvo miedo de que la última puerta tampoco fuera una salida.

Para su tranquilidad, sí fue una salida al mundo más allá de ese extraño lugar. Regresó dentro, respiró hondo y, lentamente, dejó salir el aire que había tomado.

Se sentó a la orilla de la cama. Estaba en su casa, eran sus muebles, sus cosas, solo ella era diferente. La vispera se había ido a dormir y recordaba perfectamente que allí vivía, que tenía no más de cuarenta años y... Recordó también los cuerpos amontonados en el pasillo que había tras la puerta de su recámara. La abrió y solo vio la alfombra roja guindo, impecable, limpia...

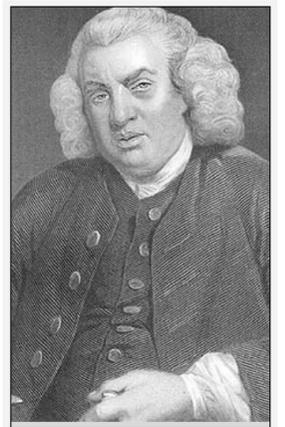
Volvió a su cuarto, con algunos quince años más... Si, se vio las manos y su silueta en el espejo de la cómoda, y ya no tenía cuarenta, sino definitivamente más de sesenta. Se dirigió al baño, decidió tomar una ducha y no pensar más en el asunto de los cuerpos.

Al terminar de vestirse, recordó que había dejado inconcluso el último cuento que estaba escribiendo. Corrió a su cuarto de trabajo y vio que la máquina estaba encendida y había una hoja a medio escribir...

Se sentó frente a la máquina y leyó: "El pasillo estaba atiborrado de cuerpos. Ninguno era de ella; pero, quién podía estar seguro de eso". Luego siguió leyendo y de pronto comprendió todo, la última línea se lo aclaró:

Sí, allí estaba su propio cuerpo inerte. Era el último de las mujeres asesinadas por la ira de un marido sumido en la desesperación de saberse pequeño ante su mujer. Este era su caso... y quizás también el de las demás mujeres.

O acaso, estaban descansando para tomar fuerzas y ella, probablemente, solo soñando.



Samuel Johnson

(Lichfield, 1709 - Londres, 1784) Escritor británico. Pese a su brillante inteligencia y precocidad, el joven Samuel Johnson no pudo completar sus estudios en Oxford por falta de recursos económicos. En 1732 publicó varios ensayos en el diario de Birmingham y seis años después comenzó a trabajar por un largo período con The Gentlemen Magazine, considerada una de las primeras revistas modernas. Radicado en Londres desde 1737, comenzó a ser conocido por sus artículos periodísticos y también por poemas satíricos como Londres (1738) y La vanidad de los deseos humanos (1749), inspirado en Juvenal.

Su fama se consolidó en 1755 con la publicación, en dos volúmenes, de su monumental Diccionario de la lengua inglesa, después de nueve largos años de labor. Se trata de una obra singular y profundamente erudita y sensible; en el ámbito de la lexicografía fue un intento radicalmente novedoso. Reforzó aún más su prestigio con una notable novela romántica, La historia de Rasselas, príncipe de Abisinia (1759), y ejerció considerable influencia entre los literatos de su generación a partir de la fundación del «Club» (1764), del que formaron parte Oliver Goldsmith, Richard Brinsley Sheridan, James Boswell y el pintor Joshua Reynolds, entre otros. Tras un viaje por Escocia con Boswell, escribió Viaje a las islas occidentales de Escocia (1775).

Samuel Johnson ha sido definido como el primer gran crítico literario en lengua inglesa. Fue además uno de los mejores intérpretes de la obra de William Shakespeare, con tanta lucidez y sagacidad que sus especulaciones aún tienen vigencia. En sus artículos o ensayos breves (muchos de ellos escritos a raíz de sucesos personales, como la muerte de su madre) desarrolló también una gran capacidad de observación y un rigor conceptual que dieron brillantez a su prosa.

Su obra crítica principal es el volumen Vida de los poetas (1779-1781), donde analizó a cincuenta y dos vates de los siglos XVII y XVIII, entre ellos Alexander Pope, John Milton, John Dryden, Thomas Gray y otros menores. El mayor acierto de estos análisis es la exploración de la individualidad de los escogidos, lo que sentó cátedra en la crítica occidental, pues creó algunos procedimientos claves para entender la creación poética, como el aseverar que el poder de invención en este proceso es lo más importante, si además va unido al sentido de la tradición literaria.

ad pédem literae

La paciencia es un árbol de raíz amarga pero de frutos muy dulces

Proverbio Persa

Letras de buen humor

La consecuencia de no pertenecer a ningún partido será que los molestaré a todos.

Lord Byron

Mónica Lavín

Escribir en el cuerpo

Confinamiento y movilidad están de alguna manera relacionadas. Pero es verdad que la actividad del escritor, por lo menos el momento en que plasma palabras en una superficie, es corporalmente quieta. A esa quietud hay que añadirle ocho meses de resolver todo en pantalla, no sólo el texto. Yo cargo con una contractura de cuello y trapecio que va y viene y que alteró mi manera de escribir. Ahora dicto y luego reviso. Ya no son mis dedos los que piensan. Y no sé de qué manera el resultado refleje mi avería corporal.

He preguntado a algunos amigos escritores qué ha pasado con su cuerpo y la escritura en estos meses. Sus respuestas revelan las formas de procurar la necesaria movilidad, complicaciones posturales, cambios de ritmo, de habitar el espacio y el día, de sueño, de sueños y de formas de expresión y de mirarse. Entretejo algunas respuestas, sabiendo que este texto es sólo una primera parte.

Élmer Mendoza, quien acaba de recibir el premio Negra y Criminal que da el Festival Atlántico de Género Negro Tenerife Noir por su obra, y lo celebro, dice: La falta de movilidad exterior, de

ver paisajes y gente, de viajar, han restado elasticidad a mi cuerpo. Permanezco más tiempo en mi espacio de trabajo y por la tarde hay días en que siento dolores. Es curioso, pero yo no me angustio ni me desespero, sólo me duele un poco el cuerpo. De marzo a este día sólo he aumentado un kilo de peso.

Adriana Malvido se descubre otra ahora que no puede salir a hacer Tai chi en el parque como solía: El confinamiento debido a la pandemia se ha reflejado en esa "yo" que miro en el espejo y en la que habita mi cuerpo. Siento que han pasado muchos años, que soy mucho mayor a la que corría de arriba a abajo antes de marzo. Me lo dicen las canas y ese par de kilos de más que he subido desde que paso mucho más tiempo que antes sentada frente a la computadora. En este tiempo se abrieron mis lagrimales también. Lloro de emoción leyendo, oyendo música, viendo una película y mientras escribo.

Octavio Escobar desde Manizales en Colombia revela: Caminar siempre me ayudó a escribir. En la calle ensayaba ritmos narrativos, enfrentaba a los personajes con mi mundo, obligándolos a



hablar con los transeúntes. Y mi cuerpo vivía las tramas, las actuaba, un proceso muy útil a la hora de sentarme frente al computador. En casa todo es distinto, más cerrado, más quieto, sin la espontaneidad de lo imprevisible. Los músculos también escriben, digo yo.

Myriam Moscona, cuyo reloj biológico alteró la pandemia y la hizo más diurna, comenta: Se supone que escribir es una actividad sedentaria, pero me las arreglo para que no lo sea. Bajo el agua organizo mis pendientes y en vez de ir a nadar tengo un gimnasio imaginario con mis maestros virtuales frente a la compu. No es por hacerme la mística, pero los sueños me dan un material increíble para el trabajo y durante la pandemia pareciera que tomo un inductor porque fabrico el doble. Suelo recordarlos bajo

el agua.

Bajo el agua es como se le ocurren cosas a Ana García Bergua, que después de trabajar por la mañana y meterse a bañar, dice: A veces tengo que salir corriendo a anotarlas para que no se me olviden y hasta se me moja el papel. Antes caminaba más y ahí también se me ocurrían cosas. Desde la pandemia hago ejercicio en casa, pero no funciona igual.

Para Rowena Bali también la pandemia ha tenido repercusión en los sueños: En esta temporada triste mi cuerpo ha respondido con sueños vívidos que me levantan a cualquier hora y me inquietan hasta que los escribo.

También en el trájín del día, en el coche, la caminata o dando vueltas por el estudio se van gestando ideas. La mente no se detiene.